

Los casos de Horace Rumpole, abogado





*Los casos de
Horace Rumpole, abogado*



JOHN MORTIMER

*Traducción del inglés a cargo de
Sara Lekanda Teijeiro*



IMPEDIMENTA



Título original: *Rumpole of the Bailey*

Primera edición en Impedimenta: febrero de 2017

Copyright © 1978, Advanpress Ltd.

Copyright de la traducción © Sara Lekanda Teijeiro, 2017

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2017

Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid

<http://www.impedimenta.es>

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Diseño de colección y coordinación editorial: Enrique Redel

Maquetación: Nerea Aguilera

Corrección: Susana Rodríguez

ISBN: 978-84-16542-75-8

Depósito Legal: M-2947-2017

IBIC: FA

Impresión de sobrecubierta: Frampa

Impresión de cubierta e interiores: Kadmos

Compañía, 5. 37002, Salamanca

Impreso en España

Impreso en papel 100% procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

RUMPOLE Y LAS JÓVENES GENERACIONES

Yo, Horace Rumpole, abogado, a punto de cumplir sesenta y ocho años, letrado de poca monta en el Tribunal Penal Central de Inglaterra y Gales, comúnmente conocido como Old Bailey, marido de la señora Hilda Rumpole (para mí es «Ella, la que Ha de Ser Obedecida») y padre de Nicholas Rumpole (profesor de Sociología en la Universidad de Baltimore, siempre he estado muy orgulloso de Nick); yo, cuya mente rebosa de antiguos crímenes, anécdotas jurídicas y fragmentos memorables del *Oxford Book of English Verse* (en la edición de sir Arthur Quiller-Couch), además de un amplio conocimiento sobre manchas de sangre, grupos sanguíneos, huellas dactilares y falsificaciones mecanografiadas; yo, en la actualidad el miembro de mayor edad de mi bufete, tomo la pluma a mi avanzada edad en un momento de calma en el trabajo (no hay mucho delincuente por aquí, parece que los más notables villanos de Inglaterra se encuentran de vacaciones

en la Costa Brava), a fin de intentar reconstruir por escrito algunos de mis triunfos más recientes (y ciertos desastres no menos recientes) acontecidos en los juzgados, y de paso conseguir algún dinero que no caiga de inmediato en manos de Hacienda, en las de mi ayudante Henry ni en las de Ella, la que Ha de Ser Obedecida, y quizá también de entretener un poco a los que, como yo, han encontrado en la justicia británica una fuente inagotable de diversión inofensiva.

Cuando se me ocurrió por primera vez que merecería la pena plasmar sobre el papel esta parte de mi vida, pensé que lo más lógico habría sido empezar por los grandes casos en los que participé en mi juventud, como el de los asesinatos del bungaló Penge, en el que conseguí la absolución yo solo, sin ayuda de nadie, o el de la falsificación del Club Benéfico de Brighton, del que, tras un exhaustivo estudio de los diferentes modelos de máquinas de escribir, también salí victorioso. Gracias a estos casos, durante un corto período de tiempo, me situé en el punto de mira del *News of the World*, o al menos mi nombre comenzó a aparecer de modo destacado en sus páginas. Pero cuando echo la vista atrás y recuerdo esa época de mi vida en los tribunales, me invade la sensación de que todo eso le hubiera sucedido a otro Rumpole, a un abogado joven y entusiasta a quien apenas hoy reconozco y que ni siquiera tengo muy claro que me guste, al menos lo suficiente como para pasar un libro entero en su compañía.

Ahora no soy una figura pública, he de reconocerlo, pero algunos de los casos que puedo describir, como el escabroso asunto del Excelentísimo Señor Parlamentario, por ejemplo, o el cargo por asesinato contra el más joven (y chiflado) de los desagradables hermanos Delgado, me situaron, al menos puntualmente, en la portada del *News of the World* (e incluso

me procuraron unas cuantas líneas en *The Times*). Pero supongo que los lugares donde en verdad soy muy conocido, por no decir que me he convertido en una especie de leyenda, son el Old Bailey, el bar Pommeroy de Flat Street, la sala de togas de los juzgados centrales de Londres y las celdas de la prisión de Brixton. Allí soy famoso por no declararme nunca culpable, por fumar un purito detrás de otro y por citar a Wordsworth a la menor oportunidad. Aunque dicha notoriedad no sobrevivirá a mi cada vez más cercano viaje al crematorio de Golders Green. Los discursos de los abogados se esfuman más deprisa que la comida china en el plato, y ni siquiera la mayor de las victorias ante un tribunal perdura más allá de los periódicos del domingo siguiente.

Sin embargo, para comprender en su totalidad el efecto que tuvo en mi vida familiar el caso al que he decidido titular «Rumpole y las jóvenes generaciones», es necesario que les hable, al menos someramente, de mi pasado y del largo camino que me llevó a la defensa con final victorioso de Jim Timson, el cachorro de dieciséis años, joven esperanza y ojito derecho, de la familia Timson, una gigantesca saga de disciplinados maleantes con base en el sur de Londres. Y puesto que dicho caso se puede considerar, en general, un asunto familiar, es importante que les explique primero cómo es mi propia familia.

Mi padre, el reverendo Wilfred Rumpole, era un pastor anglicano que, al llegar a la mediana edad, se dio cuenta, muy a su pesar, de que ya no creía en ninguno de los treinta y nueve artículos que propugnaba la doctrina de su iglesia. Ni por carácter ni por formación estaba preparado para dedicarse

a ninguna otra profesión que no fuera la del sacerdocio, así que tuvo que continuar ganándose la vida de esta manera en Croydon. Aun así apretándose el cinturón todo lo que pudo, se las arregló para enviarme a un internado de segunda en la costa de Norfolk. Después asistí al Keble College, en Oxford, donde conseguí licenciarme en Derecho por los pelos. A lo largo de estas memorias mías descubrirán que, aunque solo me siento realmente vivo y feliz cuando me encuentro ante los tribunales de justicia, el derecho me desagrada de manera singular. Además, el ejemplo de mi padre y el de un gran número de estudiantes de Teología que conocí en Keble me hicieron desconfiar muy pronto de los sacerdotes, a quienes siempre he tenido por testigos nada recomendables. Si a la defensa se le ocurre llamar a un clérigo para que preste declaración, les garantizo que lo único que conseguirá el pobre será añadir, como mínimo, un año más a la sentencia.

Encontré mi primer empleo como abogado en el bufete de C. H. Wystan. Se trataba de un bufete modesto que su fundador había conseguido levantar por su tesón más que por su talento. Aquel hombre sentía una fuerte aversión a mirar las fotografías de los casos de asesinato, y era especialmente aprensivo en todo lo tocante al fascinante mundo de la sangre. Tenía una hija, conocida entonces como Hilda Wystan, que en la actualidad es la señora Hilda Rumpole o, más familiarmente, Ella, la que Ha de Ser Obedecida. En aquella época, yo aún era un joven ambicioso, así que hice todo lo posible para ganarme el favor de Albert, el asistente de Wystan, y en consecuencia empecé a recibir bastante trabajo en la corte penal. Como hacía lo que se esperaba de mí, pasaba las horas feliz en los juzgados del Bailey y de la Casa de Sesiones, y mi fama empezó a acrecentarse entre los círculos delictivos.

Al final de la jornada acostumbraba a invitar a Albert a tomar algo en el Pommeroy. Nos llevábamos muy bien, así que cuando un abogado instructor llamaba con alguna agresión sexual especialmente peliaguda o con un caso desagradable de receptación de mercancía robada, en la primera persona en la que pensaba Albert era en el «señor Rumpole».

No tiene sentido escribir unas memorias si no se está preparado para ser del todo sincero, así que he de confesar que a lo largo de mi vida he estado enamorado en varias ocasiones. Estoy seguro de que amé a la señorita Porter, la hija tímida y nerviosa, y al mismo tiempo joven y liberal, de Septimus Porter, mi tutor de Derecho Romano en Oxford. De hecho, íbamos a casarnos, pero el compromiso se rompió debido a la muerte prematura de la novia. Pienso en ella, y en el curso tan diferente que habría seguido mi vida familiar a menudo, pues la señorita Porter no era en absoluto una joven nacida para mandar ni para esperar a que la obedeciesen. Además, durante mi servicio con el personal de tierra de la Real Fuerza Aérea, sin duda quedé irremediabilmente embelesado por los encantos de una valiente y bondadosa oficial de la Fuerza Aérea Auxiliar Femenina, de nombre Bobby O'Keefe, pero por desgracia yo no estaba a la altura de un tal Sam «Tres Dedos» Dogherty, que lucía orgullosamente en su pecho el distintivo de oficial piloto, algo que yo no aspiraba siquiera a ser. En el transcurso de un caso que relataré en un capítulo posterior y al que he titulado «Rumpole y la sociedad alternativa», volví a sentir una pasión febril y entusiasta por cierta joven decidida a acabar con sus huesos en la prisión de Holloway.

En lo tocante a mi relación con Hilda Wystan, la cosa fue bastante diferente. Para empezar, ella parecía formar parte intrínseca de la vida misma del bufete. Siempre estuvo

interesada en el derecho, y sus ambiciones se centraron, primero, en su padre viudo, y después, cuando se dio cuenta de que este jamás llegaría a ser lord canciller, en mí. Muchas veces, cuando volvía a su casa después de hacer unas compras, se pasaba por el despacho a tomar el té, y Wystan solía invitarme a compartir una taza con ellos. El año en que me la encasquetaron como pareja en el baile del Colegio de Abogados me quedó claro que lo que se esperaba de mí era que me casara con Hilda. En realidad, parecía como si aquel matrimonio fuese un simple escalón más en mi carrera, como conseguir ganar una apelación en los tribunales o que me asignaran un caso de asesinato. Cuando se me declaró, cosa que hizo mirándome por encima de una copa de burdeos después de que bailáramos un enérgico vals, Hilda dejó claro que esperaba que, con el tiempo, cuando Wystan se jubilase, yo me convirtiera en el director del bufete. Yo, que nunca me he quedado sin palabras en un juzgado, no tuve absolutamente nada que decir al respecto. Y mi silencio pareció dar por zanjado el asunto.

Y, ahora, imaginémosnos a Hilda y a mí, veinticinco años después, con un hijo, que por aquella época cursaba sus estudios en el mismo internado de la costa este al que yo asistí (y que solo gracias a los frutos de la delincuencia pude pagar), y conviviendo en nuestro hogar marital situado en el número 25B de Froxbury Court, en Gloucester Road. (Decir que se trata de un piso de lujo sería una descripción engañosa de esa superficie cavernosa y extraordinariamente poco cálida a la que Hilda dedica tanta energía con el fin de mantenerla impecable y a la última.) Cierta mañana, mientras desayunábamos y

me comía una tostada, me entretuve repasando el expediente del caso con el que me tocaba bregar aquel día: el juicio en el Old Bailey del joven Jim Timson, de dieciséis años, al que se acusaba de robo con violencia por haber participado, presuntamente, en el atraco a un par de carniceros ancianos a los que se les sustrajo su recaudación semanal; una travesura, sin duda, urdida en el patio de un colegio. Como me sucede a menudo, de inmediato afloraron a mi mente las palabras del poeta Wordsworth, el viejo romántico oriundo de la región de Los Lagos, y mis labios pronunciaron sus versos, a sabiendas de que solo servirían para irritar a Ella, la que Ha de Ser Obedecida.

—«Arrastrando nubes de gloria desde donde venimos, de Dios, que es nuestro hogar: ¡el cielo miente sobre nosotros durante nuestra infancia!»

Miré a Hilda por encima de mi expediente. Estaba impasible, zampándose un huevo pasado por agua. También vi que llevaba un sombrero, como si estuviera a punto de emprender una expedición a algún lugar ignoto. Animado por la lectura de la historia de Timson, decidí obsequiarla con un poco más de Wordsworth.

—«Sombras del presidio empiezan a cernirse sobre el muchacho que crece.»

Por fin Hilda habló:

—Rumpole, más te vale que esas palabras no se refieran a nuestro hijo. No estarás hablando de Nick...

—¿Por lo de las sombras del presidio que empiezan a cernirse? Por supuesto que no hablo de nuestro hijo, no me refero a Nick... ¡Dios me libre! Lo que se ha cernido a su alrededor son, más bien, las sombras del internado, esa cárcel para menores que nos sale por mil libras al año.

A Hilda siempre le había parecido de muy mal gusto sacar a colación el precio del colegio, como si estudiar en Muls-tead fuera para Nick una especie de honor que él no había pedido. Se puso seria.

—Esta misma mañana empiezan sus vacaciones.

—Sombras del presidio empiezan a abrirse para dar paso a las vacaciones escolares.

—Recuerda que tienes que recoger a Nick a las once y cuarto en Liverpool Street y llevarlo a comer. Cuando regresó al colegio prometiste que lo invitarías a ver algún espectáculo... No se te habrá olvidado, ¿verdad?

Hilda quitó los platos de la mesa con suma presteza. Para ser sincero, me había olvidado por completo de la fecha de las vacaciones de Nick, pero le hice creer a Hilda que tenía preparado un plan desde hacía mucho tiempo.

—¡Por supuesto que no se me había olvidado! Aunque el único espectáculo que puedo ofrecerle es un robo con violencia en el Juzgado número 2 del Old Bailey. Ojalá pudiera llevarlo a algún asesinato. Nick siempre ha disfrutado mucho con mis asesinatos.

Era verdad. Hacía unas cuantas vacaciones había caído en sus manos el expediente del caso del apuñalamiento de la sala de billares de Peckham y lo había disfrutado más que cuando leyó *La isla del tesoro*.

—¡Me voy volando! —Hilda me quitó de delante la taza de café medio vacía—. Papi se pondrá de mal humor si llego tarde. Ya sabes que le encanta que lo visiten.

—Padre nuestro que estás en Horsham... Presenta mis respetos a mi queridísimo suegro.

Se me ha escapado comentar que el viejo C. H. Wytan se encontraba por entonces postrado en el Hospital General de

Horsham por culpa de su frágil corazón. Sin duda, aquel dichoso sombrero me tenía que haber dado alguna pista sobre las intenciones de mi mujer. Cuando va de compras, Hilda suele ponerse un pañuelo en la cabeza. Entonces, ya desde la puerta, me dirigió una mirada de desaprobación.

—Antaño no solías referirte al director de tu bufete como «mi queridísimo suegro».

—Por algún extraño motivo, nunca me acuerdo de llamarlo «papi».

La puerta estaba abierta. Hilda se disponía a realizar una salida lenta pero impactante.

—Dile a Nick que llegaré a tiempo para prepararle la cena.

—¡Sus deseos son órdenes para mí, señora! —murmuré con mi mejor imitación de un esclavo de Chu Chin Chow. Ella prefirió ignorarme.

—E intenta no dejar la cocina como si hubiera caído una bomba.

—Sí, *bwana*. —Lo dije con algo más de confianza, puesto que ella ya había salido a cumplir su piadosa misión, y, de regalo, añadí—: Ella, la que Ha de Ser Obedecida.

Mientras terminaba de desayunar, me asaltó la idea de lo fácil que resultaba la convivencia con el juez del Old Bailey comparada con mi matrimonio.

Casi al mismo tiempo que yo desayunaba con Hilda y hacía los correspondientes planes para que mi hijo disfrutara de sus vacaciones escolares, Fred Timson, protagonista de unas cuantas apariciones estelares en los tribunales, se encontraba con su propio hijo en las celdas situadas bajo el Old Bailey

con motivo de una visita especial. Sé que le llevó al chaval su mejor chaqueta, que su madre había mandado limpiar especialmente, e insistió en que se pusiera una corbata. Me imagino que le diría que contaban con el mejor «abogado del sector para defenderlos, ya que el señor Rumpole siempre ha hecho maravillas con los asuntos de la familia Timson». Sé también que Fred le dijo a Jim que, cuando compareciera, permaneciera de pie, bien derecho, en el estrado, y que recordase que tenía que llamar al juez «su señoría», y que no demostrase su ignorancia al dirigirse a él, en una de sus típicas meteduras de pata, como «su ilustrísima» o «señor». Aquel día el mundo parecía repleto de progenitores con razones de sobra para preocuparse por sus respectivos hijos.

Jim Timson estaba acusado de cometer un robo. Alrededor de las 7 de la tarde de un viernes, el día 16 de septiembre, para ser exactos, los dos carniceros ancianos de Brixton, el señor Cadwallader y el señor Lewis Stein, cerraron su tienda de Bombay Road y fueron caminando, llevando encima su recaudación de la semana, hasta un callejón estrecho conocido como Green's Passage. Cuando llegaron al lugar donde tenían aparcada su camioneta Austin de color gris, se dieron cuenta de que los neumáticos delanteros estaban desinflados. Se inclinaron entonces para inspeccionar las ruedas y, en ese mismo instante, fueron atacados por un grupo de chicos. Algunos iban armados con cuchillos y uno de ellos blandía un palo de críquet. Por fortuna, ninguno de los carniceros resultó herido, pero sí consiguieron arrebatarles, en cambio, el maletín con el dinero.

* * *